

En seguida fuimos casa de Mr. John Zorab, inglés de origen armenio, que explota algunos terrenos en diversos puntos de la provincia de Bursa, donde se ha conquistado una verdadera popularidad bajo el nombre de *Tchelebi-John* (1).

El propietario nos mostró el aparato de vapor que acaba de montar para la fabricacion de azúcar de *sorgho* (2). No dejaba de utilizarse anteriormente esta planta en la mayor parte de la Anatolia; pero hasta ahora la gente del país no poseía los instrumentos necesarios para sacar de ella mejor partido. Desde la fundacion de los establecimientos de Mr. Zorab, se han dedicado con afán á su cultivo, cuyos productos se le traen de bastante lejos.

Hace uso Mr. Zorab para los trabajos agrícolas de algunos buenos instrumentos ingleses, y espera proveerse próximamente de una máquina segadora. Ocupa en sus operaciones trabajadores turcos, hombres y mujeres. Poco tiempo hace que éstas han tomado el partido de aceptar empleo en casa de los cristianos; pero ya se encuentran muchas en todas las hilanderías, donde trabajan con el rostro descubierto.

Mr. Zorab no participa de las prevenciones que generalmente se tienen contra los turcos: celebra la inteligencia de ellos, su celo y docilidad, y para gobernarlos le basta tratarlos con bondad, pero con firmeza.

Los europeos que intentan fundar establecimientos en la Anatolia se arruinan con frecuencia, y aun perecen á veces víctimas de los odios que suscitan por no haber querido respetar las costumbres ni transigir con la susceptibilidad de una raza alta naturalmente. Y es preciso hacer ver á los turcos que se les estima sin temerles; tratarlos con deferencia, pero con resuelta energía.

A pesar de la feracidad natural del territorio de Bursa no suministra todos los productos que pudieran obtenerse: dista aun mucho de proveer á las primeras necesidades de sus habitantes. Una parte del trigo que se consume en Bursa es importado de Angora. Comprado en el mercado cuesta de 5 á 8 piastras el *kilé* (unos 25 kilogramos). Tomado á consignacion cuesta de 22 á 25. La diferencia (17 piastras) representa el precio del transporte á lomos de camello por un trayecto de unas 100 leguas.

Esto prueba eficazmente los perjuicios que reporta á la agricultura y á la industria la falta de carruajes en Turquía (3).

(1) Señorito, pequeño señor, título que da en Turquía el pueblo á los extranjeros de distincion.

(2) En este ingenio el almiar de *sorgho* no se cristaliza: conviértese simplemente en melaza y en esta forma reemplaza económicamente al azúcar de uva y la miel que se empleaba comunmente en el país.

(3) Para formarse una idea de lo que es la Anatolia y lo que

En el interior del país se adquieren todos los géneros con una increíble baratura: dicese sin embargo, que de diez años á esta parte, se han doblado los precios.

Las salidas que produjo en esta época el consumo de los ejércitos aliados fueron el origen de un movimiento mercantil, cuya influencia se hace sentir todavía.

El valor venal de las tierras de buena calidad que rinden con frecuencia los productos mas variados, como grano, tabaco, algodón, rubia, ópio, etc., llega apenas á 100 francos la hectárea (1). Verdad es que no se encuentra quien tome en arrendamiento sino pagando en frutos: por eso el propietario cultiva el campo por sí mismo para sacar de su finca el mejor partido posible.

Parece sin embargo que un hombre jóven y emprendedor, que no tuviera gran repugnancia á una vida un poco escéntrica, habia de hallar algun encanto en crearse un vasto dominio á las márgenes del *Sakaria*, del *Rhyindaco* ó del *Hermo*, con una gran casa construida como nuestros antiguos castillos feudales sobre una de las colinas que forman la primera grada de las montañas. No habia de faltarle el placer de la caza; por un módico sueldo tendria á su alrededor una porcion de *bracos* que velaran por su seguridad, y á poca costa habria echado las bases de una existencia independiente y acaso de una gran fortuna.

Un solo obstáculo se opone, acaso se me diga, á la realizacion de tan bello sueño, y es que en Turquía, no menos que en Inglaterra ó en Rusia, ningun extranjero puede ser propietario de bienes raíces. Verdad es que, á pesar de los compromisos aceptados por el gobierno otomano cuando el tratado de París, no ha alzado aun la interdiccion; pero tambien lo es que muchos extranjeros saben eludir la perfectamente, tomando para adquirir raíces, el nombre de algun súbdito del sultan. Y hay que decirlo en honra de ellos, no ha ocurrido ejemplo de que los supuestos propietarios hayan abusado de esta confianza.

La prosperidad de la provincia de Bursa consiste principalmente en la industria de la seda. Salvo raras escepciones, los gusanos de seda se crian en porciones pequeñas entre los campesinos. La mayor parte de las hilanderías pertenecen á los europeos, franceses, alemanes, suizos, italianos; y están situadas en lo interior de la ciudad, donde ocupan á cinco mil ope-

pudiera ser con mejor régimen económico, nótese que su estension será poco mas ó menos igual á la de Francia, de unas 27,000 leguas cuadradas y que no contará menos de ocho ó diez millones de habitantes.

(1) Bien se concebirá que el dinero tenga un gran valor en un país donde se presta comunmente á un interés de 15 y 20 por 100 anual. Los campesinos que toman á este tipo á los prestamistas establecidos en las ciudades del interior cumplen escrupulosamente sus empeños.

rarios de ambos sexos, sobre todo mujeres. Unos mil quinientos están empleados en otras partes del distrito: el salario es de 6 á 8 piastras en verano y de 4 á 5 en invierno. La produccion total puede evaluarse en 15 ó 20 millones de francos.

En cuanto al tejido que suministra esas ligeras telas conocidas con el nombre de *sederías de Bursa*, ha perdido mucha de su importancia, y no ocupa mas de una centena de telares. En suma, la industria de la seda está lejos de progresar en este país.

El mercado de Bursa se halla bastante bien provisto. Por fuera del bazar, que se cierra al oscurecer, he visto los mostradores de los verduleros quedar con sus provisiones toda la noche sin que nadie creyese necesario guardarlas, lo que en verdad es honroso para la moralidad pública. En Turquía no se conocen los rateros ni los estafadores; pero, en cambio, por un rasgo de semejanza entre este pueblo y los hombres de las edades guerreras; cuando la rapiña toma el carácter de conquista, entonces les infunde menos repugnancia: por eso, pues, si se cometen pocos robos en las ciudades, las exacciones violentas y los despojos en campo raso son hechos bastante comunes.

Bursa ha adquirido cierto renombre por su proximidad al Olimpo. Es este un nombre mágico en el que parece que se condensan todas las creencias religiosas de pueblos tan numerosos como célebres.

Los griegos habian colocado la mansion de sus dioses en la mas alta de las cumbres que en los límites setentrionales de su patria, les parecia semi-confundido con los espacios celestes. El Olimpo de Tesalia fue la primera de las montañas sagradas. Pero los colonos que trasportaban sus penates á playas lejanas, buscando con la vista las alturas á donde debian elevarse sus plegarias, detenian sus miradas en la cumbre mas aparente: para ellos esta era el Olimpo; asi que en la antigüedad se les ha dado este nombre á mas de catorce montañas. Una de ellas, el Olimpo de Galacia, fue testigo de la victoria ganada á los galos por el cónsul Manlio. Pero despues del Olimpo de Tesalia, el Olimpo de Bitinia ó de Misisia (que tambien tiene este nombre), ha sido el mas célebre de todos. Nosotros le hemos consagrado el dia 3 de octubre.

Los que emprenden esta curiosa ascension, pernottan á la mitad del camino bajo un abrigo improvisado ó en la cabaña de alguno de los pastores nómadas que conducen sus ganados en el estío á las altas mesetas de estos montes. Púedese sin embargo hacer la jornada en un dia, con actividad y buenos caballos; porque verdaderamente, no ofrece ningun obstáculo.

Por eso he leído con extrañeza en la relacion de Sestini (quien, uno de los primeros, hizo en 1779 una descripcion algo detallada del Olimpo), este singular pasaje:

«A nuestra vuelta del Monte Olimpo, los habitantes de Bursa se persuadian difícilmente que hubiéramos podido subir hasta la cúspide: jamás ninguno de ellos ha tenido la curiosidad de subir mas allá de una milla.

Salimos pues de Bursa á las seis y media de la mañana, Mr. de Vernouillet y yo, acompañados solamente de un *zapli* y de un *surudji*, pasamos junto al kiosko del sultan, mas arriba del *Campo de los Muertos*, y rodeamos los flancos de la montaña por la parte del O. Su base está cubierta de corpulentos castaños, á los que suceden luego bosques de hayas. La perspectiva de la ciudad y del valle hasta el golfo de Mudania es admirable.

Despues de hora y media de marcha hay que dirigirse al E. y preparar por una escarpada senda, que obstruyen á cada paso pedruscos desgajados de las rocas. A la derecha se abre un profundo precipicio, que descende hasta la base de la montaña y que cierran en semicírculo por el lado opuesto alturas pobladas de árboles. En este punto la micaesquista y el *gneiss* suceden al asperon y calcáreo que por el lado de Bursa forman la base inferior de la montaña.

Muy luego se llega á la region de los pinos, y por allá atravesamos un bosque incendiado, donde el color de la carbonizada madera se mezclaba con las brillantes tintas del follaje. En Turquía, esto de incendiar un bosque es un juego, cuyo placer se otorga á sí mismo el primero que pasa, y con frecuencia las poblaciones vecinas ven en esta diversion la manera mas fácil y pronta de procurarse carbon: para el europeo, que sabe el respeto que merece la fortuna pública, este espectáculo de destruccion es altamente desconsolador.

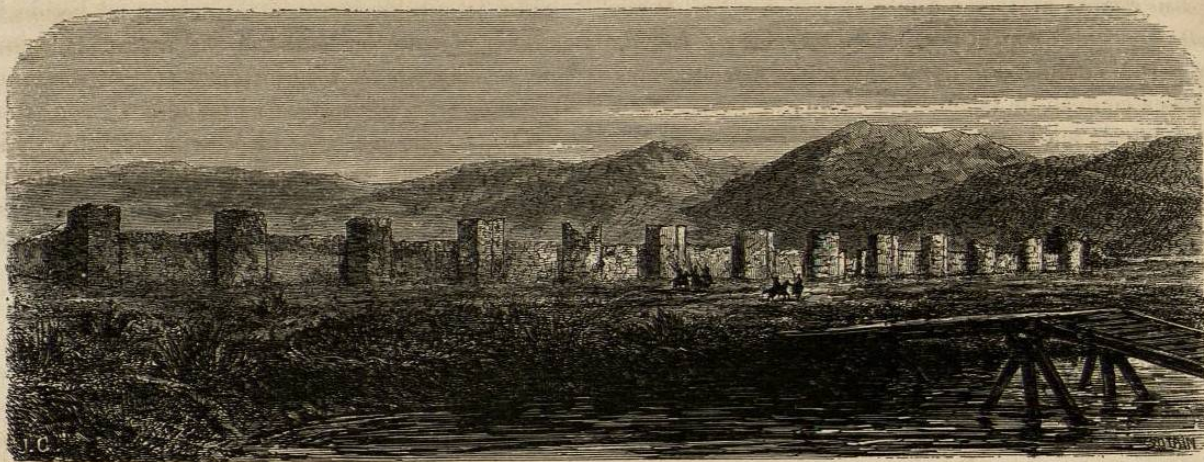
En medio de los pinos suelen aparecer masas de granito, verdaderos baluartes que los caballos buranos escalan con una destreza increíble. Despues se entra en una espaciosa llanura accidentada de bloques de granito feldspático en descomposicion y de espesos grupos de enebro. Luego las rocas graníticas se acumulan en moles difíciles de salvar y torrentes alimentados por el deshielo de las nieves se precipitan en rededor. En fin, una gran muralla de mármol blanco trasparente, al través de la cual penetran muchas vetas de granito, se dirige á la estremidad meridional de la esplanada formando la cresta del Olimpo.

Parece que la masa de materias ígneas que constituyen el núcleo de esta montaña, no solamente ha roto las capas superficiales en que dominaba el calcáreo, sino que tambien ha arrollado una gran porcion de ellas que ha conservado su posicion horizontal y se muestra en la cima de los trozos mas elevados de granito como un pavés levantado por brazos gigantescos. Los brillantes cortes de esta mole dan á la

cresta del monte un esplendor particular, notable sobre todo por la parte del Mediodía.

Abundosa materia hay aquí para observaciones

geológicas interesantes; pero bajo este punto de vista ignoro que esta comarca haya sido objeto de serios estudios.



Los muros de Ulbad (la antigua Lupadium.)

La cumbre de la montaña es accesible por la parte Noreste, donde hay una pendiente algo difícil cubierta de fragmentos de mármol quebrantado.

Llegamos á las diez y media al pie de este primer escarpe, donde nos desayunamos á toda prisa: aban-

donando luego los caballos á nuestros guías, salvamos á pie en media hora el espacio que nos quedaba por andar. Estendimos entonces la vista, y gozamos el espectáculo de un país salvaje: por todas partes un terreno ondulante, montuoso, ennegrecido en parte



Sepulcro frigio.

por las sombras de las selvas ó donde los argentados remansos de algunos lagos resaltaban como puntos luminosos. Nada se ve que revele la presencia ó la acción del hombre; al Norte y al Oeste la mar se confunde y vela con las brumas del horizonte.

Por la parte del Mediodía, según he dicho, la montaña está cortada á pico y se abre un precipicio de mas de 1,000 metros de profundidad.

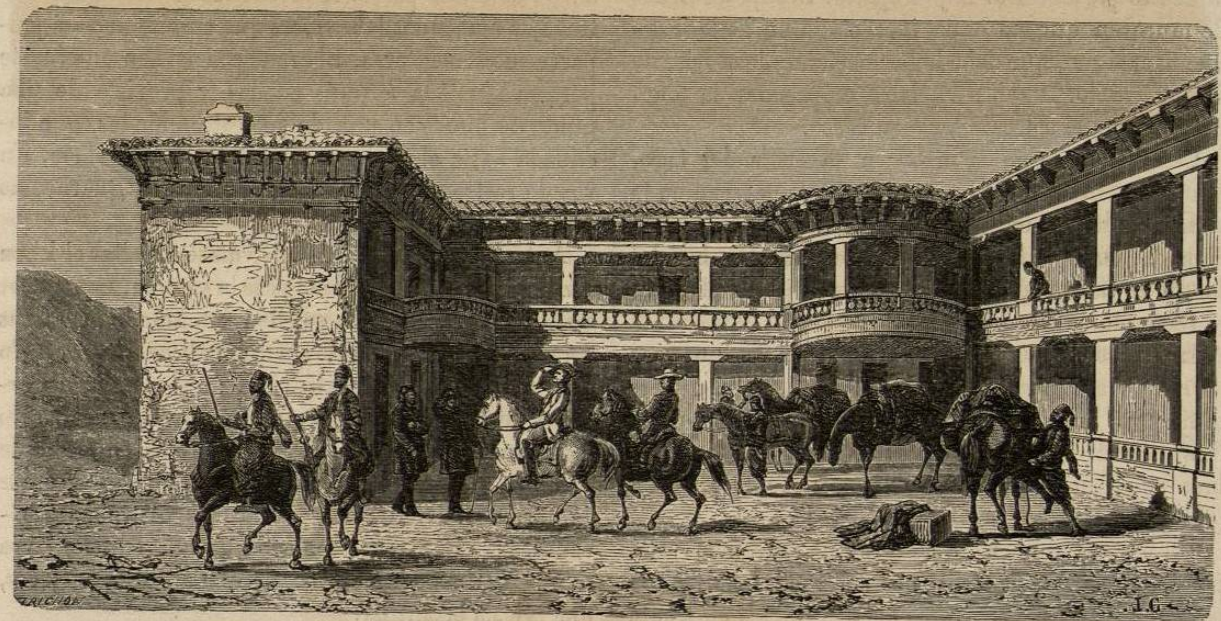
No he encontrado en el Olimpo ninguna señal ni vestigio de los antiguos monumentos indicados por

el viajero Lucas, sino tan solo algunos montones de piedras acumuladas por los devotos en honor de santones venerados, como los que se ven con frecuencia en las alturas del Bósforo en las inmediaciones de Constantinopla. Nada de nieves perpétuas tampoco, á pesar de que todas las descripciones del Asia Menor adornan con ellas al Olimpo. El esplendor del mármol puede á lo lejos producir esa ilusión; pero la verdadera nieve se funde en julio, dejando á lo mas algun vestigio perdido entre las quebradas. La elevación del monte sobre el nivel del mar es de 2,200 metros, y bajo esta latitud el límite inferior de las nieves perpétuas está á los 3,000 metros.

La flora del Olimpo es interesante. Sestini la ha descrito, según creo, en el último siglo: el mal tiempo impidió á Tournefort su tentativa de ascension.

Los bosques de las mesetas superiores están habitados por algunos osos; mas bajo suele verse algun ciervo; los jabalíes son aquí numerosos. A veces animales mas temibles vienen de las soledades del Sureste y penetran en las vertientes de la montaña: el año anterior se mató aquí una pantera.

Hacia las seis y media, entrada ya la noche, volvimos á la ciudad. Nuestra escursion solo duró doce horas.



Harmandjyk: konak del mudir.

VII.

Lago de Apolonia. — Ulbad. — El Rhyndaco. — Kirmasli. — Casaba. — Atis y Adrastos. — La oracion de la noche en Balukui.

Abandoné á Bursa el día 5 á las nueve de la mañana, y me encaminé hácia Ulbad, precedido de Mr. Vernouillet, que marchó la víspera, queriendo disfrutar de la caza, mientras yo consagraba un día al dibujo y á la fotografía.

De Bursa á Ulbad hay diez horas de camino. Séguese por algun tiempo el de Mudania, y merece en verdad rebasar un poco la interseccion de los dos, por ver sobre un afluente del Nilufer un puente construido en la edad media, y cuyo aspecto no deja de ser pintoresco.

A 4 leguas de Bursa hicimos alto para almorzar.

TOMO II.

Estábamos en frente de la pequeña poblacion de Apolonia, que hubiera visitado con gusto, pero quedaba á trasmano de nuestro camino y apenas teníamos tiempo para llegar á Ulbad.

—*Tchelebi* (me dice uno de los *surudjies*, jóven turco de fisonomía algo dura pero inteligente), ¿os fiariais de mí? Nuestros caballos son buenos; mientras que nuestro dragoman y mi camarada continúan su camino con los bagajes, yo os conduciré á Abulion, y desde allí caeremos en Ulbad por traviesas que conozco.

—Acepto, le contesté.

Y hénos aquí galopando por praderas y barriales.

A las tres nos hallamos á la orilla del lago que hay á la entrada de Abulion (*Apollonia ad Rhyndacum*). Este pueblo está situado en una pequeña colina que

el agua rodea por todas partes. Un puente de madera de 2 ó 300 metros de largo lo une á tierra firme; pero en esta estacion es accesible á pie enjuto. La ciudad antigua se extendia por la ribera, y aun se ven por allí algunas ruinas. Hoy la isla está poblada solamente de casas ceñidas por murallas que hundan sus cimientos generalmente en el agua. Estas casas, en número de unas trescientas, están habitadas por pescadores cristianos: la pesca abunda en este lago y muy especialmente el esturion ó sollo, cuyos huevos sirven para la confeccion del *caviar*.

Recorremos á caballo estrechas y quebradas calles; despues damos por la playa la vuelta á las murallas: una parte de ellas, construida de gruesas piedras sobrepuestas sin argamasa, parece de origen helénico: lo demás pertenece al Bajo Imperio. Dibujo un lienzo de muro en que se halla incrustado un bello fragmento antiguo, que debe haber pertenecido al friso de algun templo. Despues vuelvo á emprender la marcha, porque el sol baja ya á su ocaso.

Caminamos largo tiempo por la orilla del lago, graciosamente recortada: muchas islas aparecen en la superficie del agua. Al Levante descuella la blanca cima del Olimpo; al Poniente la oscura cumbre del Ida, á cuya espalda el sol se oculta... jamás olvidaré el recuerdo de este cuadro.

La noche entra; pero la claridad de la luna nos permite avanzar rápidamente por medio de la desierta llanura. A los dos tercios de nuestro camino, pasamos cerca de un gran edificio derruido, que ha recibido en el pais un nombre siniestro: *Keirseuz-Khan* (el khan de los ladrones).

Un bosque arde en las colinas que rodean el valle por la parte del Norte y nos sirve de fanal. A las nueve nos hallamos á orillas del Rhyndaco en frente de Ulubad. Un puente de madera unia las dos márgenes del rio poco antes: la corriente lo habia arrebatado. Pero Mr. de Vernouillet ha encargado á un batelero esperarnos, y mas dichosos que otros viajeros que acampan alrededor de una hoguera, pasamos el rio y nos hallamos luego instalados en la casa de un *papas* griego, donde mi compañero de viaje habia ya recibido hospitalidad.

La casa es una especie de quinta, dependencia de un convento: el *papas* que lo habita comparte sus cuidados entre la direccion de las almas y el cultivo de los campos; su corral está lleno de animales. Nos acomodamos en un aposento, cuyas ventanas han perdido sus vidrios: la noche está por demás fresca; pero nosotros tapamos mal que bien las aberturas con las almohadas del divan. Cenamos uno de los faisanes que Mr. de Vernouillet habia cazado, y nos dormimos tendidos en el suelo, sin echar de menos las comodidades de la fonda del Olimpo.

El 6 consagramos el día á la caza. En el invierno

las aves acuáticas pululan en el lago de Apolonia, en la estacion presente son mas raras; pero pueden matarse algunos faisanes.

Una densa bruma nos envuelve, y el cuidado de no perder el camino nos distrae de la caza.

Por la tarde el *papas* nos propone dar un paseo al otro lado del Rhyndaco por las colinas que se descubren en el horizonte cubiertas de arbolado. Él mismo apareja y monta uno de sus caballos para servirnos de guia, y hémos aquí atravesando por un vado el rio, á riesgo de ahogarnos, porque nuestras cabalgaduras resisten con dificultad el ímpetu de la corriente.

La cacería no es feliz: la caza es menos abundante en las colinas que en los pantanos; pero damos, eso sí, un delicioso paseo. A la vuelta me detengo á ver trabajar á algunos labradores que empiezan ya á preparar sus sementeras. El arado consiste en una fuerte pértiga ajustada á unas ruedas y provista de una punta de hierro en una de sus estremidades, que inclinada hasta el suelo va abriendo su superficie. En vez de rastro, emplean un tronco de árbol guarnecido de sus ramas.

Antes de entrar en Ulubad, vamos á visitar el khan arruinado, por junto al cual pasé la víspera. Estiéndose magestuosamente en la soledad dominando las aguas del lago, y fue construido sin duda alguna con arreglo á un plano grandioso y atrevido. En el interior dos órdenes de arcadas lo dividen en tres naves; en el centro dos grandes chimeneas están dispuestas en forma de cúpulas, y de modo que los viajeros puedan situarse en derredor. La luz no penetra mas que por las bóvedas. No me parece probable que este edificio haya sido primitivamente, como piensan algunos viajeros, una iglesia bizantina.

7 de octubre.—Despues de haber cazado por la mañana algunos faisanes, examino y dibujo las murallas de Ulubad, que fueron construidas por el emperador Alejo Commeno para defender el curso del Rhyndaco y del Macesto. El origen de Lupadia no se remonta mas allá: era una fortaleza á cuyo alrededor tuvieron lugar muchos combates en el siglo XIV, y que cayó en poder de Orkan en 1330.

A las dos y media nos despedimos del *papas* Spiridion, á quien debemos infinitas atenciones, y tenemos el pesar de dejarle afligido por dos desagradables sucesos. La iglesia del pueblo, hermosa y de reciente construccion, quedó arruinada enteramente por el terremoto de 1856, cuyas ruinas nos mostró él mismo afectado profundamente; y su huerto está además ocupado por una gavilla de circasianos que sin respeto á la propiedad ajena han plantado en él sus tiendas. Despues de la sumision de Schamyl, muchos tcherkeses, queriendo librarse del pesado yugo de la tiránica Rusia, han demandado al sultan

asilo. Con gusto los acogió el sultan, porque atraerse á estos hombres belicosos era hacer una gran adquisicion; por otra parte la Puerta ofrece generosa hospitalidad á todos los desterrados. Otorgóseles, pues, el asilo demandado, asignándoles ciertos lugares en diversos puntos del imperio. Asi es como Ulubad ha conocido esos valientes ginetes cuyos gorros de pieles les dan un aspecto feroz. Nosotros les hemos visto caracolear, armados de enormes lanzas, al pie de la ciudadela de Commeno, y no hay nada mejor... con tal de que se les instale en terrenos del comun y no en los jardines de los pobres rayas.

Dejamos á la derecha la ciudad de Muhalitch (Miletópolis) que vemos á la estremidad de la planicie, y las ruinas de Císica, situadas á algunas leguas de allí. Císica ha figurado notablemente en la historia y poseido espléndidos monumentos. Las conmociones subterráneas lo han destruido todo, y las columnas de sus templos han ido á embellecer las mezquitas de Constantinopla. Sin embargo, si hubiéramos dispuesto de mas tiempo, habríamos ido á saludar los restos de sus muros de granito, contra los cuales se estrellaron impotentes los heroicos esfuerzos de Mitrídates.

Seguimos caminando en direccion del Este con el objeto de subir hasta el origen del Rhyndaco. En el camino una porcion de labriegos nos ruega les admitamos en nuestra compañía para evitar asi la suerte que cupiera el día anterior á algunos de sus convecinos robados en este paraje.

A las cinco estamos en *Kirmastli-Kasaba*, pueblo de 4,000 habitantes, por donde salvamos el Rhyndaco sobre un puente flotante de madera.

A la parte de allá de este puente se abren las hospitalarias puertas de un konak. El mudir está ausente, pero las mujeres de su harem nos envian una excelente comida. Hay en esta poblacion bastantes griegos: los principales de entre ellos vienen á visitarnos y nos conducen á algunas casas, en que notamos fragmentos de bajo-relieves antiguos é inscripciones desnudas de interés.

El 8, partida á las seis y media. Mala jornada. Hémos aquí otra vez al pie del Olimpo, cuya vertiente meridional se ramifica en una multitud de colinas cubiertas de bosque, por medio de las cuales describe mil giros y recodos el Rhyndaco.

Trepar por escarpadas pendientes, descender al fondo de estrechos y sinuosos valles, pasar torrentes por vado... hé aquí en qué nos ocupamos todo el día. Bien quisiéramos ir á pernoctar á Adrenas (*Adriani*), donde hay algunas ruinas; pero desde Kestlek, nuestros *zaptíes* se estravián y nosotros vagamos todo el día por medio de este laberinto de colinas que por fortuna sombrea los gigantes árboles del bosque.

Hacia las cuatro de la tarde atravesamos la aldea

de Karakeui, habitada por leñadores, que nos proporcionaron un guia. Pero hemos perdido la direccion de Adrenas, y solo al oscurecer podemos dar con las veinte y cinco casas del villorrio de Balukeui suspendidas en los flancos de una roca.

Las pobres gentes que lo habitan no tienen para cada familia mas que una estrecha cabaña de tablas, que de lejos parece un monton de leña: nadie puede ofrecernos hospitalidad. Pero una pequeña mezquita se alza en el centro del lugar: una pieza de 3 metros cuadrados se le adhiere como dependencia suya, compuesta de cuatro paredes sin reboque y el techo. En ella pues acomodamos nuestros lechos portátiles, mientras que los sirvientes se instalan en una como tribuna de la mezquita, con la cual nuestro dormitorio está en comunicacion por una puerta de escape.

Felipe se procura arroz y huevos, y mientras que cenamos sobre nuestras cantinas, unos hombres se presentan rogándonos les acompañemos á pasar la noche en acecho para ver de matar los jabalíes que destruyen sus pequeñas posesiones.

Dos mil y quinientos años há, en tiempo de Creso, los montañeses del Olimpo se quejaban ya de tan incómodos vecinos.

«En aquel tiempo un jabalí monstruoso apareció en Misia: descendia del Olimpo y devastaba los campos... Algunos mensajeros fueron enviados á Creso y le dijeron:—¡Oh rey! un enorme jabalí ha aparecido en nuestras tierras y nos destruye las mieses... Envíanos á tu hijo y á la flor de tus bravos jóvenes con sus perros.

»Creso se niega al principio á dejar á su hijo Atys, porque un sueño le habia hecho presentir que pereceria de muerte violenta; pero vencido por los ruegos del joven príncipe, lo confia á los cuidados de Adrasto, hijo de Gordio, rey de Frigia.

»Adrasto, le dice, te he acogido en mi casa y proveo á todas tus necesidades; ahora (porque debes por gratitud corresponder á mis beneficios) te pido que veles sobre mi hijo que se vá á la caza: protégelo en el camino contra los malhechores que pudieran acometerlo. Además es justo que busques ocasion de señalarle en estos trabajos en que han sobresalido tus padres.

»Dispuesto estoy, responde Adrasto, á cumplir los deseos y á velar sobre tu hijo como ordenas. Espera, pues, verlo volver sano y salvo, en tanto que esto pueda depender de mí.

»Dijo; y despues, Atys y él partieron á la caza, con la flor de los jóvenes y con los perros.

»Llegando al monte Olimpo buscaron la fiera, y dando con ella, la estrecharon en rueda y le tiraron las javalinas. Pero Adrasto, habiendo asestado su tiro lo erró y traspasó al hijo de Creso. Atys, herido por